

## LA CRÓNICA

Murió Romà Planas, y el tarradellismo, ese espacio mental y político que durante tres ya remotos años articuló una "cierta idea de Cataluña" ha perdido a uno de sus más destacados representantes.

Destacado no porque realizara una obra grande, sino más bien por lo contrario: su club Emprius fue el lugar para la impertinencia civil en los años de hierro del pujolismo.

## Una obra menor

ARCADI ESPADA

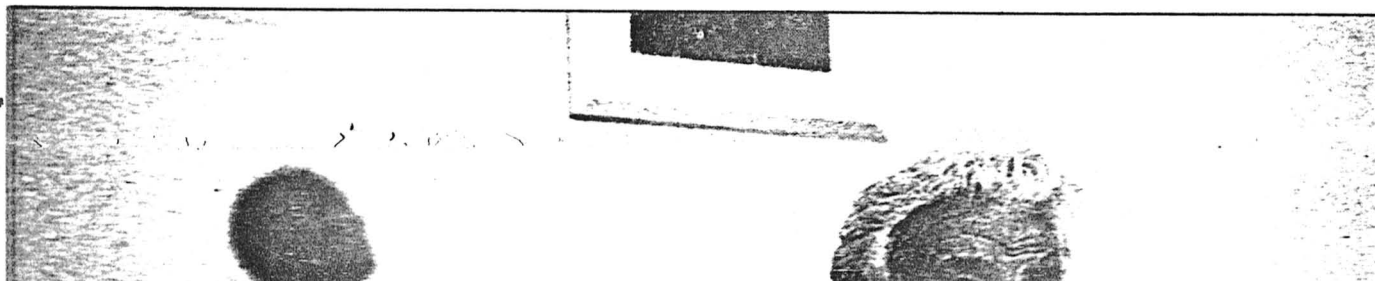
— Y *cony*, los que se tienen que morir no se mueren.

Los tarradellistas conservan una cierta ferocidad. Aunque ya sean relativamente viejos. O quizá por eso. Mantienen que su "cierta idea de Cataluña" se plasmó durante tres años irrepetibles y que luego todo se fue a hacer puñetas. Contemplan el país con una ironía fatal, absolutamente inmóvil. Alguna vez demuestran que la lucidez está en la marginación o en el exilio, en esos momentos son capaces de deletrear sentencias de verdad y hielo, todo muy picado hasta el borde. En la altura de la Rambla de Catalunya, un atardecer reciente y fresco, después de que tres o cuatro tempestades hubieran hecho trizas los restos del verano, goteando todavía, uno de esos viejos, este mismo que dice que los que se tienen que morir, etcétera, echó a andar con el cuello de la gabardina subido y, sobre la conmemoración pujolista de los 15 años de autonomía, esa conmemoración que extirpa el tarradellismo, los tres años de tarradellismo, dijo secamente esto, último ejemplo de lo que a veces dicen: "La primera obligación de todo gobernante imperial es fabricarse un calendario". Pero es cierto: no se prodigan. Todo se ha ido a hacer puñetas. Y además, este septiembre murió Romà Planas i Miró.

— Y *cony*, los que se tienen que morir...

Romà Planas tenía 63 años cuando le explotó la arteria, y una espléndida nariz, una nariz ufana de duro fajador francés debatiendo en los cuartuchos de Sète o de Marsella. Su padre había sido alcalde republicano de La Roca del Vallès: hasta que la guerra civil lo envió al exilio. El hijo fue también alcalde de La Roca del Vallès: hasta que el aneurisma lo sacó de la vida. Romà

conoció a Josep Tarradellas, estuvo en la fundación de las Edicions Catalanes de París y en 1977 volvió a Cataluña. En el tarradellismo concreto ocupó cargos. Pero lo importante de su vida fue una supuesta *obra menor*: en el verano de 1982, cuando el pujolismo concreto, fundó con otros escépticos activos —Josep Maria Bricall, Antoni Siurana, Xavier Maurel, Jordi Serra i Joaquim de Nadal— el club Emprius, nacido, en viejas palabras del hoy alcalde de Lleida, Antoni Siurana, "de la inquietud de un grupo de gentes por analizar la realidad catalana y presentar una alternativa a la política del Gobierno de la Generalitat". La idea del club había nacido la misma noche de la derrota electoral del socialismo catalán, en 1980: Romà intuyó aquella noche que se avecinaba un tiempo de perfil muy bajo. Ese tiempo llegó. Y durante los años de hierro del pujolismo —ese territorio moral que se extiende entre el día, primavera de 1984, en que casi le abren la cabeza a Raimon Obiols en la puerta del Parlament y el día que vendrá—, Romà Planas y su dirigente Emprius, su irrelevante Emprius, su imprescindible Emprius, Romà y su logia se constituyeron en la impertinencia civil de Cataluña. Hecho este que, dada la modestia del club, informa sobre todo de hasta qué límites asombrosos había llegado la impertinencia



fue el lugar para la impertinencia  
civil en los años  
de hierro del pujolismo

# Una Ubu menor

ARCADI ESPADA

na sabido y, sobre la conmemoración pujo-  
lista de los 15 años de autonomía, esa con-  
memoración que extirpa el tarradellismo,  
los tres años de tarradellismo, dijo secamen-  
te esto, último ejemplo de lo que a veces di-  
cen: "La primera obligación de todo gobier-

Pero es cierto: no se prodigan. Todo se ha  
ido a hacer puñetas. Y además, este sep-  
tiembre murió Romà Planas i Miró.

que se produjeron Emprius, pero, en  
viejas palabras del hoy alcalde de Lleida,  
Antoni Siurana, "de la inquietud de un gru-  
po de gentes por analizar la realidad catala-  
na y presentar una alternativa a la política  
del Gobierno de la Generalitat". La idea del  
Ubu había nacido la misma noche de la der-  
rota electoral del socialismo catalán, en  
1980: Romà intuyó aquella noche que se  
avecina un tiempo de perfil muy bajo.  
Ese tiempo llegó. Y durante los años de hie-  
rro del pujolismo —ese territorio moral que  
se extiende entre el día, primavera de 1984,  
en que casi le abren la cabeza a Raimon  
Obiols en la puerta del Parlament y el día  
que vendrá—, Romà Planas y su diminuto  
Emprius, su irrelevante Emprius, su impres-  
cindible Emprius, Romà y su logia se cons-  
tituyeron en la impertinencia civil de Cata-  
luña. Hecho este que, dada la modestia del  
club, informa sobre todo de hasta qué lími-  
tes asombrosos había llegado la pertinencia  
en Cataluña. Fuera para defender el Ubu de  
Boadella, para denunciar el *autq de fe* con-  
tra Mariscal, para hacer compañía a la viu-  
da del presidente Tarradellas o para encar-  
cer la lectura de las políticamente muy inco-  
rrectas memorias de Manuel Ortínez, basta-  
ban unas cuantas fotocopias y el deje *murri*  
con que Romà ampliaba detalles sobre sus  
campanas de insurgencia.

El tarradellista es un ser superior porque  
está en la historia. Romà lo vinculaba a la  
menudencia de la vida corriente: no era un  
mero activista de la melancolía. Era un  
hombre al que le gustaba la política y que  
afrontó una sucesión casi constante de tiem-  
pos inhóspitos. Este último año lo eligieron  
alcalde de su pueblo, que es gloria pura  
para cualquier hombre. Llevaba muchos  
planes en la cabeza. Y bromecía seriamen-  
te sobre la reconstrucción de la razón tarra-  
dellista desde La Roca del Vallès, a la que  
iba a convertir en fortín inexpugnable.

No se sabe qué harán a partir de ahora  
los tarradellistas, cuando ha muerto el ú-  
nico hombre que bombeaba su cansado cora-  
zón de derrotados.



Romà Planas.

EL PAÍS

